

cortes que eran únicamente una vana sombra desde que los cortesanos y los jesuitas dominaban en ellas, se apresuraron á ejecutar su voluntad, atestiguando con magníficas fiestas el justo agradecimiento de los portugueses.

Se empeora la situación en tiempo de Felipe IV.

La España adquirió nuevos títulos al odio de los portugueses, cuando el belicoso Olivares sucedió al pacífico duque de Lerma. En vez de seguir la modesta política que la España había observado desde 1598, el duque de Olivares no titubeó en volver á la época de los gigantescos sueños de la casa de Austria. *Todos contra la España, la España contra todos*, tal era la divisa que se obstinaba en seguir, apesar del abatimiento de la monarquía, y del terrible ejemplo que le suministraban los resultados obtenidos por Carlos V y por su hijo Felipe II.

No debemos describir aquí el estado de decadencia á que la loca ambición de Olivares precipitó á la desgraciada monarquía española. ¿Qué consecuencias tuvo con respecto á Portugal? Las mas desastrosas sin duda. Al provocar á la Holanda, á la Inglaterra, á la Francia y á toda la Europa, parecia que Olivares se proponía convidar á todos los pueblos para tomar parte en el definitivo reparto del imperio portugués.

Al igual de lo que sucedió en tiempo de Felipe III, los holandeses sacaron el mejor partido. Dueños del comercio de Oriente, no quisieron dejar á los portugueses ni los estériles restos de su antiguo poderío, y se apoderaron de una parte de Ceylan (1632) y del Japon (1639), en Asia; de San Jorge de la Mina (1637), en la costa de Oro, en Africa; y de la mitad del Brasil (1624 á 1635). Fué tal la facilidad de esta última conquista, que San Salvador, Fernambuco, Tamacara, Paraíbo, y Rio-Grande cayeron casi sin resistencia, en manos de los nuevos soberanos del Océano, y en 1640, siete de las catorce colonias fundadas por los portugueses en las hermosas playas de la América meridional, dependían ya de la compañía holandesa del Occidente.

Si en semejante estado de cosas y á pesar de la poderosa ayuda de Shah Abbas, los ingleses solo lograron apoderarse de la importante posición de Ormuz (1623), débese atribuir á la rivalidad de los holandeses, pues los portugueses, incapaces ya de

resistir á ninguno de sus enemigos, no conservaban sino lo que buenamente se les queria dejar. Añádase á esto que la vista de Inglaterra estaba fija entonces en el continente de la América septentrional, en cuyo punto los puritanos perseguidos por los Estuardos, iban á buscar un asilo para su proscrita fe y su oprimida libertad. De estos gloriosos gérmenes nacerán los Estados-Unidos.

El Portugal se ve amenazado con la pérdida de sus libertades.

No bastaba que los portugueses viesan sus hermosas colonias en poder de los holandeses y de los ingleses; Olivares queria arrebatárselas á la vez su poder y sus últimas libertades. En vano invocaban las promesas de Felipe II, en vano reclamaban contra las usurpaciones de Felipe III; sus tesoros solo servían para alimentar la loca ambición de la España, mientras que la marina nacional se perdía miserablemente, que las fortalezas se desmoronaban á falta de reparaciones, y que todos los favores estaban reservados para los extranjeros. El Portugal no era ya un reino sino una provincia, un país conquistado, cuyo último vigor pretendían matar sus desalmados señores temiendo que fuese empleado en la venganza.

#### CAPÍTULO XVI.

### El Portugal recobra su independencia (1640).

PRIMERA RESISTENCIA; PRIMERA SUBLEVACION.—JUAN DUQUE DE BRAGANZA; DOÑA LUISA; PINTO.—OLIVARES PROVOCA LA INSURRECCION; LOS CONJURADOS PROCLAMAN REY Á DON JUAN.—REVOLUCION (1.º DE DICIEMBRE DE 1640); RENACIMIENTO DE PORTUGAL.

Primera resistencia; primera sublevacion.

El sistema de debilitar á Portugal parecia haber llegado á su término cuando en 1634, en el momento de sostener una lucha formidable contra Richelieu, pidió nuevamente Olivares cincuenta mil cruzados de oro, y las cortes apesar de la servidumbre que pesaba sobre ellas, declararon que era absolutamente imposible el aprontarlos. Sin embargo, ningun caso se hizo de esta declaracion, y en 1637 Olivares, en lugar de renovar la pe-

ticion, mandó por medio de un real decreto la percepción del impuesto que no había obtenido anteriormente. Obedeció Portugal, pero el universal descontento aumentaba de día en día, y la débil resistencia que acababa de experimentar la España, de parte de las cortes, permitía prever otra mas grave.

En efecto, á pesar del gran abatimiento en que estaban los ánimos y de la desproporcion de fuerzas, los portugueses, reducidos la mayor parte á tal estado de miseria que solo se alimentaban de pan y fruta, no pudieron menos de manifestar su cólera. Olivares se había apresurado demasiado en tratarles como á esclavos dignos de su suerte.

La primera explosion del descontento público tuvo lugar en la ciudad de Evora en el Alentejo (1637). Los portugueses obligaron á la guarnicion española á abandonar la plaza, y recorrieron las calles al grito de «Viva D. Juan de Braganza!» Si este se hubiese declarado desde luego, tal vez aquel mismo día hubiera sonado la última hora de la dominacion castellana; pero léjos de asociarse al movimiento, quejóse D. Juan de que se queria comprometerle. Los sublevados no pudieron sostenerse, y la ciudad de Evora expió cruelmente su gloriosa iniciativa.

Juan, duque de Braganza; doña Luisa; Pinto.

El duque de Braganza, á quien los habitantes de Evora habían aclamado contra Felipe IV, era el hijo menor de la princesa Catalina, cuyos derechos muy superiores á los de Felipe II, solo habían sido desatendidos á causa del oro y de la violencia. Respetado el duque de los grandes que le consideraban como á su jefe, amado del pueblo que veía en él la verdadera sangre de sus reyes, era efectivamente el único portugués que podía aspirar al trono. Pero ya fuese por timidez ó por carecer de ambicion, solo pidió que le dejasen vivir tranquilo disfrutando de las inmensas riquezas que había heredado, y del título de condestable hereditario con que había investido Felipe II á la posteridad de Catalina. Su esposa era de diferente parecer: Doña Luisa de Guzman, hija del duque de Medina-Sidonia, aunque española de nacimiento, se identificó con la causa portuguesa desde el momento que dió la mano al duque de Braganza, y se sirvió del

irresistible ascendiente que le daba su valor para inspirar á su marido la ambicion que la animaba, suplicándole en nombre del mútuo cariño que se profesaban, de los derechos que era vergonzoso abandonar, de la patria que tenia puestas en él todas sus esperanzas, y hasta de la prudencia, puesto que era imposible que Olivares no se alarmase al ver su creciente popularidad, que no frustrase las esperanzas de los suyos.

Doña Luisa, que deseaba que renunciase el duque á sus diversiones favoritas, para asociarle á sus proyectos, le rodeó de los hombres que mas á propósito creía para secundar sus miras. Las habitaciones que ocupaba la duquesa en el palacio de Villaviciosa, fueron desde entonces el centro de una conspiracion misteriosa cuya divisa era: «Libertad de Portugal y proclamacion de Juan IV.» La misma ligereza del duque fué favorable para los proyectos de los conspiradores.

Entre aquellos hombres figuraba el ilustre Pinto Ribeiro, oriundo de una noble familia de Amarantho, jurisconsulto distinguido y secretario de D. Juan. Pinto fué el agente de la conjuracion, y se condujo con tanta habilidad que sin despertar sospecha alguna atrajo á su plan los nombres mas respetables de Portugal: D. Miguel de Almeida, D. Antonio de Saldanha, D. Luis da Cunha, el arzobispo de Lisboa, D. Antonio de Almada, D. Jorge de Mello y su hermano el montero mayor, D. Rodriguez de Sa, D. Pedro Mendoza, etc. etc. En cuanto al pueblo, al cual no se atrevia á iniciar en sus negociaciones, por temor de que las divulgase, Pinto no pasaba cuidado alguno, porque conocia demasiado su patriotismo para dudar de su cooperacion. Las sangrientas venganzas de Olivares, sus exacciones y las intolerables intenciones que se le atribuian ¿no eran bastantes para armar el brazo de quien se acordase de su patria?

Pinto contaba además con otros aliados, y en primer lugar con el poderoso Richelieu, el cual hacia ya mucho tiempo que impulsaba al Portugal á la insurreccion. Eran tantos los deseos que tenia el cardenal de dar aquel gran golpe á la monarquía española, que había prometido cincuenta buques y once mil soldados, si los portugueses acometian la empresa de sentar en el trono al duque de Braganza, ó á cualquier otro príncipe, con tal de que fuese de sangre real; porque la Francia queria coho-

nestar su intervencion bajo el noble pretesto de sostener á un heredero de los reyes capetos.

Lo que mas animaba á Pinto Ribeiro era la profunda y unánime aversion que inspiraba entonces el gobierno de Portugal. No que la regente Margarita fuese cruel, pues no se ocupaba sino en representar dignamente al rey católico; pero la autoridad de la cual era solamente la nominal depositaria, pertenecia de hecho á dos hombres despreciables y tanto mas execrados, en cuanto siendo portugueses, se veia en ellos á los apóstatas de la libertad nacional. Llamábase el uno Suarez, y residia en Madrid, al lado de Olivares, con el título de secretario de Estado de Portugal; era el otro, Miguel de Vasconcellos, y habitaba en Lisboa, siendo el docil instrumento de la tiranía castellana. Los grandes y el pueblo odiaban particularmente á este último, los grandes por su orgullo y perfidia, el pueblo por su rapacidad.

Olivares provoca la insurreccion; los conjurados proclaman rey á D. Juan.

Faltaba obtener el asentimiento del duque de Braganza, pero el duque de Olivares se encargó de ello, manifestando á aquel cuanto le inquietaba su creciente popularidad. En efecto, pronto se supo que al recibir Olivares la noticia de los disturbios de que habia sido teatro la ciudad de Evora, exclamó apesar de las protestas del duque de Braganza: «No habrá tranquilidad en Portugal hasta que la yerba crezca en los patios y escaleras de Villaviciosa.» Palabras imprudentes que precipitaron la revolucion.

Al cabo de poco tiempo, Olivares que no se atrevia á atacar directamente al heredero de tantos reyes, en medio de un irritado pueblo, resolvió alejarlo de su residencia ofreciéndole el gobierno del Milanesado. Rehusarlo era declararse en rebelion; sin embargo, el duque lo rehusó, si bien con todas las apariencias de la gratitud y de la fidelidad, bajo el pretesto de que su salud no le permitia hacer tan largo viaje, y tambien exponiendo que los asuntos de Italia le eran poco conocidos para que pudiese corresponder dignamente á la confianza del rey.

Olivares aparentó admitir las excusas de D. Juan; pero como no tardó en insurreccionarse el principado de Cataluña en de-

fensa de sus *Fueros* y á instigacion de Richelieu, Olivares se apresuró á escribir al duque, que habiendo resuelto el rey católico marchar personalmente contra los rebeldes, creia que él vendria á secundar á S. M. seguido de la nobleza portuguesa. D. Juan eludió tambien este nuevo compromiso, alegando que no era suficientemente rico para sostener los grandes gastos á que tendria que hacer frente, como príncipe, en la faustuosa corte de Felipe IV.

Despues de dos respuestas tan categóricas, no habia ya medio de vacilar, y Pinto creyó que habia llegado la hora de obrar, aprovechándose de la indignacion que acababan de sentir todos los nobles portugueses, al verse convocados, en menosprecio de sus privilegios, para ir á sofocar la rebelion catalana. Pinto reunió á aquellos conjurados que sabia habian de apoyarle ciegamente, y les reveló sus proyectos y sus esperanzas, teniendo la dicha de no encontrar la menor oposicion. ¿Pero bajo qué bandera debia combatirse? ¿Se proclamaría á D. Juan apesar de las evasivas palabras que habia siempre pronunciado; se preferiria á su hermano Eduardo que peleaba á la sazón en Alemania, ó bien no se comprometerian por príncipe alguno trabajando solamente en pro de la independenciam patria fundando una república á ejemplo de la Holanda? Tan grave cuestion continuaba sin resolver, y amenazaba comprometerlo todo, cuando Pinto abrazó resueltamente la causa de D. Juan; le propuso por caudillo, saliendo garante de los patrióticos sentimientos de que el prudente príncipe daria pruebas irrecusables. Todos aplaudieron la resolucion de Pinto, y Don Pedro de Mendoza fué el que desempeñó la mision de presentarse al duque para informarle de lo que pasaba.

Al llegar Mendoza á Villaviciosa, D. Juan acababa de regresar de una partida de caza, y apenas supo el motivo del viaje de Mendoza, cuando se encerró en su habitual irresolucion; y no atreviéndose á asumir la responsabilidad de tan grave decision, consultó con su secretario, Antonio Paez, del cual los conjurados habian desconfiado hasta entonces. ¿Qué hará el duque, le dijo, si los portugueses descontentos se constituyen en república? Y lo preguntais, Antonio?... el duque seguirá la suerte de sus ciudadanos, y partirá con ellos todos los peligros de la patria.

¿ Por qué pues resistir, añadió Paez; si el duque está dispuesto á combatir bajo las banderas de la república, no sería mas glorioso el defender la patria bajo el título de rey? Las palabras de la duquesa confirmaron las de Antonio Paez. « Antes morir, señor, que vivir esclava! prefiero ser reina una hora, que duquesa toda mi vida. » Lenguaje mas altanero que el del secretario, pero menos noble, puesto que la ambicion ahoga en él al patriotismo.

Por fin D. Juan se dirigió á Mendoza, y le dijo que aceptaba los ofrecimientos de la nacion, y desde el momento en que tomó semejante resolucion, no descuidó cosa alguna para asegurar el éxito de la empresa, si bien es verdad que las favorables noticias que recibia de Pinto, no le permitian casi dudar de su buen éxito.

#### Revolucion (1.º de diciembre de 1640); renacimiento de Portugal.

Olivares sin tener ningun dato positivo, sospechaba sin embargo un próximo peligro, y designó al duque de Braganza para el mando de las tropas que debian oponerse á los franceses que amenazaban con un desembarco á Portugal, comisionándole despues para visitar las fortalezas del interior, dando al mismo tiempo orden á todos los gobernadores de retenerlo en clase de preso. Para frustrar semejante trama, bastóle á D. Juan un numeroso séquito, y sus escursiones que tenian por objeto el perderle, solo sirvieron para exaltar la esperanza de sus amigos, demostrando hasta que punto era el príncipe querido y odiados los castellanos. Desde su palacio de Almada pudo ver la vireina la magnífica ovacion que le dispensó el pueblo de Lisboa.

No habia pues que vacilar; el entusiasmo habia llegado á su colmo; la España estaba faltada de recursos, y los franceses se aproximaban. Sin embargo, no todos los compañeros de Pinto estaban igualmente resueltos, temiendo el ser descubiertos. Ya se temian las revelaciones del conde de Almada, ya salia Vasconcellos repentinamente de Lisboa como para sustraerse á la conjuracion, ya en fin, ocurría una de esas mil casualidades indiferentes en que los ánimos preocupados creen ver un indicio de traicion, mientras que Pinto en lugar de entregarse á tan vanos temores y de diferir la empresa, solo veia en ellos una nueva razon para obrar con prontitud.

A duras penas podia convencer de esta verdad á sus compañeros, cuando llegó felizmente á Villaviciosa un mensajero de Olivares, trayendo cuarenta mil ducados para entregar á D. Juan, con orden de que este marchase á Madrid sin pérdida de tiempo. El duque contestó que estaria en la corte dentro de ocho dias, y mientras que mandaba delante sus bagajes, participó á Pinto el compromiso en que se hallaba. Satisfecho Pinto con tan grata nueva, esplotóla como una preciosa arma cerca de sus irresueltos compañeros, y se decidió por fin que el movimiento estallaria el dia 1.º de diciembre.

A fin de no dar que sospechar, era prudente que D. Juan no abandonase el Alentejo, y que todo cuanto se hiciese en su nombre se llevase á cabo sin su presencia, resolviéndose que el dia 1.º de diciembre, los conjurados se dirigirian por tres puntos diferentes hácia el palacio, y que la señal seria un pistoletazo. Toda la noche del 30 de noviembre fué consagrada á activar los últimos preparativos. Muchas madres, segun se dice, armaron el brazo de sus hijos, mezclando sus lágrimas con los himnos patrióticos.

El dia 1.º de diciembre por la mañana nada anunciaba un movimiento: las tiendas estaban abiertas como de costumbre, los coches circulaban por la ciudad, y las gentes transitaban por las calles tranquilamente, cuando de pronto se oye un pistoletazo y cambia completamente la escena: las calles y plazas se ven cubiertas por una multitud de gente armada, y aparece en una de las ventanas del palacio el venerable Almeida, el cual espada en mano, gritaba « Viva Juan IV, mueran los traidores que nos han arrebatado la libertad. » El inmenso clamor que acogió semejantes palabras, probó que Pinto no se equivocó al contar con su país.

En valde los guardias alemanes y castellanos se esforzaban en defender el palacio, pues pronto se vieron reducidos á gritar: « Viva Braganza », y el palacio de Almada fué la primera conquista de los indignados portugueses.

El representante, el ejecutor de la tiranía española no podia esperar piedad, y despues de haber despreciado el movimiento, y de haberse comparado con César, Miguel Vasconcellos fué á esconderse dentro de un armario. Una antigua criada descubrió

el escondite del odiado personaje, y sin darle tiempo de proferir una sola palabra D. Antonio Tello le dejó muerto de un pistoletazo. Era tal el odio que inspiraba aquel ministro, que los vencedores se cebaron en su cadáver, arrastrándolo durante todo el día por las calles de Lisboa, como un trofeo, en medio de las maldiciones de la indignada plebe. Pinto Ribeiro obtuvo al fin que se diese sepultura al cadáver.

La vireina Margarita, cuyas habitaciones fueron también invadidas, no desesperaba de apaciguar la insurrección. «Señores, decía á los que guiaban al pueblo, puesto que el culpable ministro ha sufrido el castigo de sus crímenes, moderad vuestra cólera, pues sería indigna de vosotros. Me comprometo á obtener del rey católico no solamente el perdón, sino que se os den las gracias por la muerte del secretario.—Señora, contestó Meneses, ¿pensáis acaso que tantos nobles se hayan armado solo para desempeñar el oficio de verdugos? Queremos devolver al duque de Braganza la corona que le pertenece, y no envainaremos la espada hasta verle rey de Portugal.» Y como Margarita no se mostrase dispuesta á ceder, Noronha, después de haberle recomendado que no intentase lo imposible, la disuadió de apelar al pueblo, el cual podría muy bien faltarle al respeto.—«¿A mí, exclamó ella, y como?—Haciendo saltar á V. A. por una de estas ventanas.» Entonces comprendió Margarita que todo estaba perdido, y dió el orden al gobernador del castillo para que se abstuviese de toda demostración. Así, en menos de dos horas, la insurrección era dueña de Lisboa, y Olivares había dejado tan pocas tropas en Portugal, que la resistencia era imposible contra tan unánime movimiento. Los victoriosos sublevados, seguros del concurso del pueblo, no tenían necesidad de recurrir á otros medios; pero el mismo cielo atestiguó su adhesión á la libertad de Portugal. El venerable arzobispo de Lisboa se dirigía al palacio, y bendecía á su paso á la población arrodillada cuando la imagen de Cristo que llevaba uno de los que le precedían, extendió el brazo derecho y se unió al prelado para bendecir á los emancipados portugueses.

La revolución se propagó fácilmente á todas las provincias, que menos consideradas que Lisboa, debían aborrecer más aun la tiranía castellana: en todas partes se hacían fiestas, y la ale-

gría se veía pintada en los semblantes de todos. Margarita de Mantua mandó á todos los gobernadores que no saliesen de las fortalezas ó que las entregasen en caso necesario. El dolor y el abatimiento cedían el puesto al entusiasmo y á la esperanza; los desgraciados tiempos de servidumbre habían concluido, y el antiguo reino de Portugal iba á renacer.

